

tes a Alemania (o adonde sea), en el que el consejo de autoridades obra desde un paternalismo enternecedor en el que el curita lleva preconiliar sotana y es muy capaz de sumarse a acciones de masas (con cierto tono violento) en defensa del patrimonio forestal, piscícola o espiritual, se rige por una Norma de Conducta no escrita, heredada de la tradición y en perfecta conexión con el sentido común. Pero es cierto que una Norma de Conducta no escrita es insuficiente desde unos cuantos milenios antes de Jesucristo. No vamos a meternos en la peligrosa disquisición de a qué ángel del mal se le ocurrió poner las leyes por escrito, favoreciendo la posibilidad de conocerlas, reclamarlas o abolirlas, pero en nuestro entrañable pueblo hispano, también se ha tenido que transigir con el mal menor de la ley escrita.

Una comunidad pulcra, noble, austera, tradicional, al margen de extranjerismos, soleada y no acuciantemente pobre, si además tiene una norma jurídica responsable y responsabilizadora, ¿qué más necesita para ser feliz históricamente hablando? Dos cosas: turistas e inversiones. El problema de los guionistas ha consistido, sin duda, el combinar la positividad del turismo y la inversión de capital, con la negatividad de la extranjería. La conclusión a la que han llegado, la mitificación ideológica que proponen semana tras semana, es que debamos aceptar divisas e inversiones, pero permanecer ligados a «lo nuestro», sin dejarnos influir en «nuestras» costumbres, sin dejarnos arrebatar «nuestros» valores tradicionales.

Creo que ya he aportado suficientes connotaciones para demostrar que **Crónicas de un pueblo** es un programa que responde a una teoría de España y los españoles, y que intenta convertir esa teoría en ideología de masas. Si el programa es eficaz o no hay que dejarlo en el terreno de lo problemático: no hay aparatos que midan con fidelidad los efectos de los «mass-media». Los personajes, portavoces de esa transmisión ideológica, son de una pieza, auténticos héroes positivos de pura raza. Sobre todo, los personajes clave (el alcalde o el maestro) no tienen contradicciones. La caricatura como procedimiento de relajación se aplica sobre personajes secundarios (en correspondencia con el gracioso del teatro tradicional), como el alguacil-cartero y el chófer-mecánico, en la mejor línea de la tiple y el tenor cómicos del género chico. Los personajes dominantes mantienen una relación totalmente armónica entre lo que representan, lo que son y lo que dicen o hacen: el maestro no tiene conflictos matrimoniales, ni bebe una copa de más, ni pega un pescozón a ningún niño, y si bien en

un guión violó el derecho de inviolabilidad de correspondencia (intercepta una nota cruzada entre un niño y una niña valiéndose de su autoridad) lo hace por el bien de los niños y, en definitiva, por el Bien Común.

Ideología fundamental e ideología coyuntural

Hasta ahora, «Crónicas de un pueblo» ha planteado la lucha de reconquista ideológica en un doble plano: defensa de ideas fundamentales y defensa de ideas coyunturalmente convenientes. Llegó un momento en que las ideas fundamentales ya están allí como convención inicial, por el mero hecho de que el telespectador se predispone a ver el telefilm: son ideas fundamentales las casas, las calles, las gentes, los niños, el maestro, las piedras, los árboles, el sol, todo el metalenguaje ideológico de una determinada selección de cosas y gentes.

Bien fijada esta convención inicial, desde su plataforma, la serie puede aplicarse a la defensa, aplicación o combate de ideas coyunturales: ha habido guiones dedicados a la contaminación atmosférica, a la calumnia pública, a la igualdad de oportunidades, a los que no van a misa (hijos de papá de capital), a los pequeños odios rurales, etcétera, etcétera. Esto es la ganga del metal precioso, aunque ganga y metal conformen un producto coherente.

Hasta en la elección física de los personajes se ha actuado adecuadamente por el espíritu inspirador de la serie: el maestro es maduro, pero fuerte; gordito, pero energético (nariz chafada de ex boxeador); el alcalde es una adaptación celtibérica del político a lo Kennedy; el médico es un señorito fino, que huele a capital, pero que se ha adaptado perfectamente al encantador pueblecillo; el cura es pequeñito, añiñado, pero corajudo; las mujeres tienden a estar gordas y a ser apéndices de sus maridos. Es curiosa a qué tipos sociales y biológicos está asimilada la idea de pasividad: a los comerciantes y a las mujeres, resabio evidente de una valoración hecha por un pueblo de guerreros y hombres. En este, y en otros muchos aspectos, **Crónicas de un pueblo** podría haber sido programado en la Alta Edad Media, por el obispo de Tuy o por el Cid Campeador. Hay una devaluación del tabernero y las mujeres, situados objetivamente a un nivel de participación histórica inferior al del alguacil-cartero, tal vez porque la gorra imprime carácter. ■ M. V. M.

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



¡MUEVES MAL LA MANO, PALMIRA!
¡ASI NO HAY MANERA!



¿LO VES? Y ADEMAS HAS DE SACAR UN POQUITO DE
CADERA. HAY MUCHO APROVECHADO QUE BUSCA LO
QUE BUSCA...



MÁS CADERA PALMIRA, MÁS
CADERA. QUE NO PARAN...



¿VES? SALIÓ BIEN. AHORA TE SERÁ MÁS FÁCIL
A TI SÓLA ¡ADIOS PALMIRAAA!...